

Revista de Estudios Sociales

Universidad de los Andes

res@uniandes.edu.co

ISSN (Versión impresa): 0123-885X

ISSN (Versión en línea): 1900-5180

COLOMBIA

2006

Amparo Marroquín Parducci / Miguel Huevo Mixco

BRÚJULA ROTA. CULTURA "NÓMADA" DE LOS TRABAJADORES MIGRATORIOS
CENTROAMERICANOS

Revista de Estudios Sociales, agosto, número 024

Universidad de los Andes

Bogotá, Colombia

pp. 27-32

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



BRÚJULA ROTA. CULTURA "NÓMADA" DE LOS TRABAJADORES MIGRATORIOS CENTROAMERICANOS / BROKEN COMPASS. "NOMADIC" CULTURE OF THE CENTRAL AMERICAN WORKING IMMIGRANTS

Amparo Marroquín Parducci * y Miguel Huezco-Mixco**

Resumen

El texto, fundamentado en entrevistas, aborda el tema de las migraciones de centroamericanos hacia los Estados Unidos. A través de testimonios de personas que han recorrido difíciles caminos como el desierto, la selva y el río, y han utilizado crueles medios de transporte como el tren del que son empujados hasta perder pedazos de sus cuerpos, los autores se centran en un análisis de la identidad cambiante del "nómada", que va y viene sin un lugar fijo al cual llegar o del cual partir.

Palabras clave:

Migraciones, identidad, cultura, Centroamérica, tránsito.

Abstract

Based on interviews, the present text approaches the issue of Central American migrations towards the United States. By means of testimonies of people who have walked across the desert, the jungle, and the river, and who have used cruel means of transport—such as the train from which they are pulled-off until they lose parts of their bodies—, the authors analyze the changing identity of "nomads", who come and go with no stable starting point or destination.

Keywords:

Migrations, identity, culture, Central America, transit.

La pobreza ha salido de sus escondrijos a peregrinar. Desde los años 70 del siglo pasado, verdaderas muchedumbres de centroamericanos buscan anhelantes el llamado "sueño americano", transitando por una de las zonas más peligrosas del hemisferio, la llamada "ruta del Soconusco". Una garganta infestada de salteadores, víboras, malaria y traficantes de humanos, que se extiende a lo largo de unos 150 kilómetros desde Tecún-Umán, en el borde fronterizo de Guatemala, hasta Tapachula, en México. Estuvimos allí, en julio de 2005, en el curso de una investigación sobre los impactos culturales de los migrantes en la sociedad salvadoreña. Luego, en San Salvador,

participamos de una serie de conversaciones con diferentes grupos de personas asociadas al tema, incluyendo una mesa ("grupo de discusión") con personas que vivieron en carne propia la experiencia del viaje al norte y el regreso, en unos casos voluntario, en otros forzado, a El Salvador. De aquella vivencia, tanto como de las lecturas y la escucha de esos testimonios, de la revisión del rico material fílmico recogido por el colectivo Meridiano 89° y el documentalista Uli Stelzner, es posible concluir que muchos de nuestros migrantes tienen allí la primera gran prueba de su tránsito hacia el norte. Un tránsito que puede prolongarse por muchos años, hasta configurar, poco a poco, una cultura nómada, un proyecto de vida que consiste en un constante ir y venir, en muchos casos sin saber a dónde se llegará. Para cruzar hacia Guatemala un centroamericano no necesita de una visa, pero las autoridades policiales suelen aprovecharse de la vulnerabilidad y las incertidumbres de los migrantes para empezar a cobrarles "mordidas" desde que ponen un pie en la frontera.

De manera convencional se concibe a la migración como un proceso de ida y retorno, con etapas diferenciadas. Cuando el grupo mexicano Los Tigres del Norte canta la experiencia de los cruces a nado de los tres ríos fronterizos —Paz (El Salvador/Guatemala), Suchiate Guatemala/México) y Bravo (México/Estados Unidos)— y sostiene que los salvadoreños son *tres veces mojados*, no hace sino recoger las sagas contadas por los nómadas salvadoreños.

En realidad, puede ser un proceso de tránsito, largo y complejo, con numerosas estaciones, que incluye pasos decisivos, como el de Soconusco, a los que le sigue el arriesgado tránsito por el territorio mexicano, pasando por toda clase de vejaciones (robos, violaciones, heridas), y a veces encontrando hasta la muerte. El salto a los Estados Unidos incluye, a su vez, la tortuosa travesía por las zonas desérticas y las diferentes etapas del internamiento urbano, el encuentro de un espacio para vivir, la obtención de uno o varios trabajos, las capturas, la deportación... Pero el tránsito no termina allí. La estadía misma en Estados Unidos suele ser vivida como una nueva transición que tiene como horizonte el regreso, más tarde o más temprano, al lugar de origen. Este retorno, con frecuencia, no significa el fin de la travesía sino sólo una nueva estación, una parte consustancial de su forma de ser: en tránsito.

De ello vienen dando testimonio muchos nómadas que han ido al norte "sin papeles", retornando a sus lugares de origen y reemprendiendo de nuevo la ruta. Una, dos, tres veces más.

No sólo la música nos habla de estas experiencias, también las cartas, álbumes de fotos y poemas lo hacen desde una vivencia más íntima. Un ejemplo de ello es el poema "Apátrida" de Alex Canizález:

* Amparo Marroquín Parducci es profesora de comunicación e investigadora sobre procesos de cultura e identidad en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de El Salvador.

** Miguel Huezco Mixco es poeta y ensayista, autor de nueve libros; en 1999 se hizo acreedor a un Premio Centroamericano de Literatura. Desde 2004 han iniciado una relación de colaboración en torno al tema de las migraciones internacionales salvadoreñas.

*"Siempre me siento extranjero
no importa dónde estoy...
alguien rompió mi brújula
me echó a transitar por el mundo
vuelvo siempre
buscando una calle
una casa
a la que nunca regreso".¹*

Foto 1. Subiendo al tren. Fotografía del documental "Asalto a un sueño". Tapachula. Uli Stelzner ©



Foto 2. Inmigrantes centroamericanos esperan el tren en la estación de Tapachula. Fotografía del documental "Asalto a un sueño". Tapachula. Uli Stelzner ©



Aquella estación es un enorme plantel con numerosas vías que convergen y se separan. Huele a gasolina y orines. Entre la escasa luz de la luna se miran los lomos de los vagones parqueados. El sitio no es muy seguro. La comida y el agua escasean. Los policías federales o los pandilleros—no se sabe cuál de los dos grupos es más de temer—caen sorpresivamente para desvalijarlos de dinero, golpearlos, o llevarse a las mujeres y pasar un rato loco, de sexo forzado, alcohol, drogas y golpes.

Allí conocimos a Mauricio N., originario de Honduras, padre de dos niños. A sus 23 años se considera un veterano de la ruta. La primera vez que emigró tenía 19 años. Recostado sobre su mochila, nos habló de su trabajo como peón en un circo en Miami, y luego la historia de sus cuatro viajes al norte. "Me deportaron la última vez hace sólo ocho días. Ahora voy de regreso para el 'otro lado'. No sé cuánto tiempo voy a quedarme, pero volveré las veces que haga falta". Sonia R. estaba esperando también en la estación, junto con su marido, René D. Ambos son originarios de Guatemala. Hace tres años, Sonia se fue por primera vez, ella sola, por las líneas del tren. René se quedó cuidando a los hijos. Ahora los hijos están con los abuelos y los dos se aventuran en el viaje. Sonia ríe. "Ahora estamos felices porque, si Dios quiere, ya pronto llegaremos allá. Si llegamos en cuanto se pueda mandamos a traer a los niños. Este—señala a René—está nervioso. Es la primera vez que viaja así y tiene miedo. Los hombres son más miedosos y por eso toman (licor) para aguantar el viaje. Pero así ya tomados entonces se caen del tren, como aquel de allá, mire—nos muestra a otro viajero que parece sumergido en los vapores del alcohol—". René también ríe y toma fuerte la mano de Sonia. No la suelta.

Pese a lo que propone cierta retórica, las fronteras no son imaginarias. En los últimos años y especialmente en los últimos meses, se habla mucho de los peligros que corren los migrantes en la demarcación entre México y Estados Unidos. La ruta de Soconusco es todavía uno de los pasadizos más riesgosos, pero sobre los que todavía existe poca atención.

Las políticas migratorias de Estados Unidos han convertido la zona en el primer gran coto de caza de centroamericanos. En esa vía se producen miles de detenciones, principalmente en el perímetro de los primeros kilómetros posteriores al borde fronterizo. Allí tiene lugar también la mayor cantidad de vejaciones y abusos de parte de autoridades y particulares contra los migrantes.

Camino de extravío

Los migrantes indocumentados, provenientes de países pobres, despedazados por guerras y violencia, son la encarnación de una atávica discriminación sistemática de clase, género y etnicidad. Pero en ese paraje, también la historia y la naturaleza parecieran confabularse contra ellos. La historia de la zona ha estado amarrada a la de los países centroamericanos: fue conquistada en 1524 por el español Pedro de Alvarado—el mismo que conquistó

1 Canizález pertenece al grupo literario Talega, que se formó después de la guerra civil. El poema está en el libro *Casa prestada* (2005), San Salvador: Ediciones Escorpión.

Guatemala y El Salvador—y formó parte de la Capitanía General de Guatemala, la Centroamérica de nuestros días. Al consumarse la independencia centroamericana en 1821, el Soconusco decidió formar parte del llamado Primer Imperio Mexicano, de Agustín de Iturbide. Tras el fracaso anexionista, el Soconusco optó por existir como nación independiente. En 1842, en otro golpe de timón, se unió a la jurisdicción de Chiapas y a la república mexicana.

Por su historia y ubicación geográfica, esa franja ha seguido entrelazada con Centroamérica. De hecho, una parte de la riqueza de la zona proviene de la agricultura y la mano de obra centroamericana que comenzó a llegar tras la introducción del cultivo del café, a principios del siglo XIX. El flujo de trabajadores migrantes estacionales no se ha detenido desde entonces. Durante nuestra travesía, en el puesto fronterizo de Ciudad Hidalgo, México, mientras las autoridades sellaban nuestros pasaportes, se formó una larga cola de hombres y mujeres indígenas guatemaltecos, probablemente en camino de las fincas chiapanecas. Las mujeres, todas muy jóvenes, casi niñas, vestían invariablemente las prendas de su etnia, y algunas cargaban a sus bebés atados a la espalda.

En aquella historia, los migrantes salvadoreños, hondureños y nicaragüenses aparecieron más tarde. El auge agrícola hizo posible en 1908 la construcción de la línea férrea del tren carguero destinado a conectar la zona con el resto de México. Con los años, este ferrocarril vendría a convertir la "ruta de Soconusco" en el camino cardinal para migrar al norte. En efecto, el principal polo de atracción de los migrantes de nuestros días son las estaciones del tren de Ciudad Hidalgo y de Tapachula.

La naturaleza de la zona presenta sus propios desafíos. La densa cobertura vegetal impone el uso de carreteras, vías férreas y veredas. Durante los meses de invierno, la zona registra una importante concentración de lluvias. Entre junio y diciembre, las lluvias torrenciales ensanchan los ríos y la zona se mira azotada por frecuentes huracanes. Aunque en esa temporada la temperatura promedio es de 30° centígrados, en el verano el calor puede alcanzar los 40°. La conjunción de agua y calor ha creado un medio fértil para la proliferación de zancudos que propagan la malaria y el dengue. A esto debe sumarse la presencia de víboras de cascabel, alacranes y también de "personas de corazón negro", como sostuvo Roberto, un inmigrante hondureño que fue asaltado en la zona y ahora mendiga por las calles.

En esa ratonera existen algunos oasis, como la Casa del Migrante, que dirige el misionero Ademar Barilli, donde nómadas de Centroamérica, Ecuador y otros países, encuentran una cama limpia y pueden descansar por un par de días. Por allí han pasado más de 70 mil personas migrantes desde 1995. De acuerdo con sus estadísticas, casi 90 de cada cien deportados deciden emprender de nuevo el viaje al norte. "Muchos que pasan, aquí los volvemos a ver", nos dijo Walter Arreaga, coordinador del trabajo de atención.

Foto 3. Mural en La Casa del Migrante, Tecún Umán.



La revista *Sin fronteras*, publicada por la Casa, asegura que 75 de cada cien delitos cometidos contra los migrantes en Guatemala ocurren a manos de policías corruptos. De igual manera, una de las peores experiencias son las continuas extorsiones de la policía mexicana. Cuando los migrantes rodean las casetas permanentes de las autoridades para evitar ser detectados, se topan con los delincuentes que los acechan en el monte. Olivia Ruiz, investigadora del Center U.S.-Mexican Studies de California, describe que en los caminos de extravía suelen verse, entre las coronas de los árboles, plataformas construidas por ladrones para observar y esperar el paso de los nómadas. Los forajidos se lanzan sorpresivamente sobre ellos desde lo alto de los árboles. El 27 de julio de 2005, la visita al albergue Jesús El Buen Pastor, en Tapachula, fue particularmente impresionante. Allí, voluntarios dirigidos por Olga Sánchez Martínez, una mujer menuda y de ademanes suaves, atienden a las víctimas del tren: hombres y mujeres de Centroamérica mutilados de manos, pies, piernas y brazos. Ningún otro lugar acoge a estas personas y sus proyectos truncados. Se va demasiada energía, demasiado dinero en sanar las heridas del alma y del cuerpo. En la sala principal se observa, en la pared, un inmenso crucifijo y dos muletas a su lado.

Para quienes han ido a parar a este albergue, las posibilidades de continuar el viaje han terminado. Incluso, la posibilidad misma de retornar a su país pues muchos carecen de papeles. Tal es el caso de Consuelo, una salvadoreña de 21 años. Ella perdió un brazo y una pierna al ser derribada de lo alto de uno de los vagones por lo que ella supone fue una rama. Fue levantada inconsciente por una patrulla del mexicano Grupo Beta que intenta proteger a los migrantes en las rutas críticas. No tiene papeles pues para evadir el control de las autoridades intentó hacerse pasar por guatemalteca y luego por mexicana. Lleva ya nueve meses en el albergue. Muchos van, muchos vienen. Algunos, como Consuelo, no saben cuándo regresarán. No saben si regresarán.

Nuestro viaje fue asomarnos a otro mundo. Habíamos estado en El Soconusco, a medio camino entre la desesperación y la esperanza. Habíamos sentido sus olores, el rostro de la muerte, del hambre, también de la lucha y de la vida. Los rostros que trajimos para contar no son sólo los suyos. Pudieron ser los de muchos otros que, esta noche, mientras escribimos, están acurrucados en la sombra, esperando el rugido de "la bestia" que los llevará al sueño o a la muerte.

Los relatos: (Tránsito a dos voces y coro)

Como parte de la investigación, entrevistamos en San Salvador a un grupo de migrantes. Unos que no alcanzaron a llegar a Estados Unidos, y otros que regresaron, después de trabajar allá. Nos dijeron que podíamos contar sus historias, pero sin revelar sus verdaderos nombres. Muchos piensan volver a cruzar fronteras; su proyecto no es quedarse en esta tierra para siempre.

Los relatos fueron muchos. En todo caso, las historias iniciaban siempre con ese momento en el que hicieron una pequeña mochila. Dos cambios de ropa, agua, un suéter, algunas veces una cuerda para amarrarse al tren, las fotos de los hijos, de la mamá, o de la esposa y un poco de dinero escondido en los zapatos, en las costuras del pantalón. Se dejaban atrás las querencias y el tránsito iniciaba.

José emigró la primera vez hace veintiséis años. Cuando su mamá huyó del país a Canadá. Él tenía entonces ocho años. Aprendió inglés, se adaptó al estilo de vida, intentó quedarse amparándose en un programa de amnistía pero fue imposible. Regresó a su país cuando tenía veinte años. Después de algunos años en El Salvador decidió probar suerte.

"Un día un amigo llegó a mi casa y me dijo que si no quería irme con él. Era un día de la madre, y yo le dije que sí. Le pregunté cuánto tenía de dinero y me dijo que 100 colones²; yo tenía 14 dólares que me había mandado mi mamá. Así nos fuimos."

Estuvo en Estados Unidos casi tres años, dos de ellos en Nueva York, ahí fue deportado. En unos años más probará de nuevo suerte para reencontrarse con su familia. Carmen, en cambio se fue porque quería buscar un mejor futuro para sus hijos. Después de algunos años logró llevárselos a Estados Unidos. Ella fue deportada y sus hijos quedaron allá. Piensa intentar subirse al tren, aunque le da miedo: *"Hoy está bien difícil, yo miro cómo salen sin una pierna, es bien riesgoso irse, si estoy completa aquí..."*. Sus ojos se pierden pensando en sus hijos. La identidad del tránsito no termina, no descansa. Las historias trenzadas nos hablaron de cuatro tránsitos y de las muchas estaciones que han hecho. Las estaciones son apenas espacios de paso, que conectan un tránsito con el siguiente.

El primer tránsito: Soconusco. El paso a México. El tren

El tren lo toman hombres y mujeres que no tienen el dinero suficiente para costearse una ruta más segura con un coyote. Aunque últimamente, como nos contaba Estela, en el albergue de Tecún Umán, también los coyotes utilizan estas rutas. Nos hablaron sobre las redes de corrupción, pero también de las otras, las de la solidaridad que se vive en diferentes momentos del trayecto, como nos explicó David, que anduvo errante por Estados Unidos por casi cuatro años.

"¿Qué puedo contar? Yo llegué allá viajando en tren... Uno está expuesto a muchas cosas, uno come de todo, si es posible hasta de lo que está en la calle. Hay alguna gente que es buena onda, pues cuando uno se va, le toca andar pidiendo."

José también nos relató su paso desde Guatemala, donde los problemas iniciaron, hasta el Soconusco.

"Llegamos a Tecún Umán y el dinero ya se nos había acabado. Estuvimos dos días en una casa de inmigrantes. Lavábamos los platos y hacíamos limpieza para que nos dejaran dormir. Para cruzar la frontera, le ayudé a una señora a subir unas cosas a una balsa, ella les dijo a los oficiales que yo era su hijo. Seguí hasta Tapachula en donde caí preso. Entonces, le pregunté al oficial si tenía hijos, le dije que yo también y que iba para el norte, porque quería trabajar para mis hijos. Pero el oficial me dijo que si me dejaba libre por cualquier lado que agarrara me iban a matar. Le respondí que con la fe en Dios no me iba a pasar nada. Me dijo que me esperara a que pasaran todos los inmigrantes y luego nos soltó, y salimos corriendo. Un guatemalteco se metió en una choza y yo me quedé en la calle. Ahí encontré a alguien que me dió dinero para que tomara el bus hasta Arriaga (Chiapas), ya en mi nuevo destino me encontré a un señor que me llevó a una iglesia adventista, andaba sucio, todo mugroso, pero el pastor me presentó y pidió ayuda para mí. Con ese dinero me fui y llegué a otro lugar de Arriaga en donde una señora que tenía un comedor me acogió. Me dijo que yo era bien inteligente porque trabajaba, me levantaba a las cuatro de la mañana a barrer, a lavar los trastes. Luego, llegó un señor solicitando trabajadores y ella le dijo que yo estaba disponible."

Su nuevo empleador lo llevó a Veracruz. Le enseñó las tradiciones de San Carlos, por si las autoridades lo interrogaban, él podría probar que era veracruzano. Anduvo como vendedor ambulante y no tuvo problemas, incluso llegaba a los cuarteles de los soldados a venderles ropa. De Veracruz siguió a Matamoros vendiendo sillas, láminas, colchonetas, de todo lo que le pidieran. Con el dinero que le pagaron tomó un autobús. Para que los oficiales no lo agarraran se fue sentado adelante, junto al chofer. Al llegar a su nuevo destino buscó a un señor que le habían referido para que le consiguiera trabajo. Para identificarse como migrante sin ponerse en peligro, debía decir que buscaba a una persona llamada Carlos.

2 Aproximadamente once dólares.

"Cuando lo encontré, le dije que andaba buscando a ese mi tío, que se llamaba Carlos. Él me dijo que lo conocía. Me dijo que a un kilómetro estaba su casa y me llevó hasta ella. Ya en su casa, me preguntó de dónde era yo realmente, le dije que salvadoreño. Me preguntó si tenía lana, a lo que respondí que sí. Entonces, me dijo que me quedara pero no en su casa, sino en la 'troca'. Puse un cartón como colchón y allí dormía, mis sábanas eran unos periódicos, le pagaba por la comida y por estar allí. Trabajé unos días como ayudante de albañil, me pagaron, compré una tarjeta y le hablé a mi mamá. Ella me mandó 400 dólares para que le pagara a un guía que me pasara por el Río Bravo."

Algunos pasan muchos días, semanas, meses, en territorio mexicano. Para otros, la experiencia se va de un tren a otro, de una estación a la siguiente. Un viaje en autobús.

Aunque viajen solos poco a poco se juntan en grupos para cruzar el desierto. Muchas veces la inexperiencia hace que la ruta se extravíe. Otras más, las pandillas y los asaltantes comunes aparecen. Si estos peligros no llegan, la policía está siempre al acecho.

El río Bravo es uno de los últimos obstáculos de este primer tránsito, también guarda sus sorpresas, como lo que le sucedió a Ernesto:

"Lo peor en río Bravo fue que llegando a la orilla me dijo el guía que me desnudara y que me tirara al agua. Ya en el agua me tiró la ropa y me robó los últimos cien dólares que me habían quedado. Gracias a Dios que sabía nadar y me fui bajo de agua hasta alcanzar mi ropa y salir."

El migrante que logra sortear estos obstáculos alcanzará su siguiente tránsito.

Foto 4. En el tren. María, salvadoreña, lucha contra el sueño: "Ya van cuatro días que no duermo. Hay que hacer un gran sacrificio para no dormirse". Fotografía del documental "Asalto a un sueño". Tapachulá. Uli Stelzner ©



Segundo tránsito: Estados Unidos

Llegar no significa terminar, no se cierra un ciclo. No se sueltan anclas con la brújula rota. Llegar a la tierra prometida es, para nuestros nómadas, continuar. De un lugar a otro van, duran algunos días, o meses, incluso años. Pero no está ahí la meta, nuevos tránsitos llegarán posteriormente. Hemos recopilado algunas estaciones de ese tren abordado por los migrantes; parajes donde se hace un alto en el camino, donde se espera un momento a que llegue un nuevo transporte. En estas estaciones aparecen de nuevo el sufrimiento, la corrupción, la cárcel o los centros de detención de la frontera sur de Estados Unidos, los "corralones". También aparece la solidaridad y la posibilidad de enviar el dinero a sus parientes con todo lo que implica simbólicamente. Es volver a estar allá y aquí, tener presencia y voz entre los que se quedaron lejos. Los primeros envíos serán para la mamá, el hijo o la abuela. Con las primeras compras habrá, en la casa que se dejó atrás, objetos que hablen del migrante que, desde lejos, vivirá cada acontecimiento familiar. Estos son algunos relatos de las estaciones que tanto David como José nos compartieron.

Estación casa de migrantes

Después de una larga estación en México y de hacerse pasar por veracruzano, José pasó el río Bravo. Después de caminar mucho rato encontró a unas personas. Les preguntó por una casa de migrantes que quedaba por la zona.

"Ellos me dijeron que la casa estaba a unos kilómetros de allí, pero yo ya no podía seguir caminando porque me dolían los pies. Uno de ellos me dijo que me esperara. En la madrugada me llevaron a esa casa de acogida. Allí estuve. Al siguiente día nos entrevistó una monja, nos dijo que ahí llegaban a buscar trabajadores y me dijo que si quería, que trabajara allí. Llegó un gringo con quien hice el trato de trabajar por cinco dólares la hora. Trabajé desde las seis de la mañana hasta las seis de tarde. El gringo me llevó a cortar naranjas a una finca. Todos me preguntaban que cómo había hecho para lograr esa paga tan buena y les dije que porque sabía hablar inglés."

Estación jardinería

Mientras José cortaba naranjas, David estuvo en Houston un tiempo, trabajando como jardinero.

"Una señora nos consiguió un chance de trabajar, pero nos estaba estafando, el pago nos los quitaba casi todo y nos tenía amenazados de que iba a llamar a migración. Los voy a tener así y tienen que hacer lo que yo quiera, decía." David decidió buscar mejor suerte con una pariente que tenía en California.

Estación el corralón

Después de trabajar y vivir un tiempo en la casa para migrantes, José siguió su camino pues quería llegar a Nueva York, donde se encontraban sus hermanos y donde era más sencillo encontrarse con su mamá que entonces

seguía viviendo en Canadá. Su camino no fue sencillo. *"Pasé quince días en una montaña. Solo, sin comida, ni agua, ni nada... Yo sé lo que es beberse sus propios orines. En el camino, me agarraron los policías y me llevaron al corralón. Ahí estuve seis meses. Me cayó una multa de diez mil dólares. Mi familia no podía pagar ese dinero y buscaron una casa de fianzas. Cuando usted sale del corralón y lo dejan en Estados Unidos lo mandan sucio, pero si lo regresan para su país lo mandan limpio. A mí me mandaron mugroso para allá. Mi familia pagó un hotel para que yo me bañara y lavara mi ropa. Entonces me fui para Nueva York."*

Estación nuevo tren

Cuando David llegó a California se encontró con que su pariente no podía darle alojamiento, ni contactos. Sin tener a dónde ir, y sin querer regresar a Houston, se fue a la estación del tren.

"Estuve durmiendo en la estación, andaba como con 300 dólares. Ya me había resignado a que si no me salía trabajo en una semana mejor me regresaba a Houston. La primera noche no salió nada, yo me ponía en la esquina viendo qué salía. Ya al tercer día estaba desesperado, me puse a pedirle a Dios. Pero en la madrugada me despertó mi amigo, un hondureño, y me dijo que había un 'jale'. Nos llegaron a traer en una camioneta para ir a 'zanjear', en una construcción. Nos tardamos cerca de dos semanas haciendo ese trabajo. El propio contratista, todos los días me llegaba a traer a la estación, pues allí estuve viviendo casi un mes completo, pero al menos tenía con qué estar comiendo."

Salieron luego algunos trabajos, se aprendieron nuevos oficios. En algunas ocasiones se reunían con amigos y familia para descansar un poco, recordar a la familia que se quedó "allá" y agarrar de nuevo fuerzas. Ninguno de nuestros nómadas creó una nueva familia en Estados Unidos.

"No quedaba tiempo—explica Ernesto—, yo trabajaba de nueve de la mañana a cuatro de la tarde en donde se hacía cerámica. Luego entraba de seis a nueve haciendo cosas de jardinería. Luego de once a una de la mañana recogiendo basura. Me tocaba bien penquiado... pero yo digo que el sacrificio vale la pena."

Las estaciones se suceden de un empleo y al otro. De un estado al siguiente. Pero el tránsito muchas veces se detiene y vuelve al ciclo de origen cuando la deportación aparece en el horizonte.

Tercer tránsito: deportado, como garrobo

Los nómadas no miran la deportación como un fracaso. Unos tienen más suerte que otros, pero no está escrito sobre piedra que no se pueda volver. Siempre es posible

tomar el tren una vez más. Lo que aparece es un alto en el camino. Una vuelta de tuerca que los trae de nuevo al país, pero que no los compromete a nada definitivo, no los ancla. En el caso de David, la deportación llegó de manera rápida y simple. Lo esperaba en su lugar de trabajo.

"Me salió otra oportunidad de ganar un poquito más, pero esa era la mala, pues fue de donde me deportaron. Yo estaba trabajando cuando nos cayó una redada de oficiales y por no tener papeles nos deportaron. Fue de una forma hasta graciosa a la vez, pues de 25 que agarraron, hicieron un sorteo de quiénes se quedaban. Los oficiales nos pidieron que sacáramos un número. Cinco tuvieron suerte y se quedaron. Nosotros nos vinimos."

José, con toda su familia allá, tuvo un abogado que tramitó sus papeles para la residencia definitiva. Cada cierto tiempo debía presentarse a la corte para comprobar su estilo de vida. Sin embargo, su abogado equivocó la quinta cita y él no asistió la fecha que las autoridades solicitaban. Lo obligaron a pagar dos mil quinientos dólares de multa y su pasaje.

"Para El Salvador a uno lo mandan esposado de pies, manos, cintura y cuello. Como un garrobo. Yo pagué mi fianza y no me dejaron ni siquiera sacar un pantalón, nada de ropa, ni mi dinero que tenía guardado en el banco. Me dijeron que no tenía derecho a nada, por castigo. El aeropuerto Kennedy es grandísimo. Me hicieron caminar todo un piso, esposado, y que me viera la gente. El juez se molestó porque me sacaron a las tres de la madrugada y me llevaron al aeropuerto. Mi vuelo era a las siete de la mañana. Mis pies hasta se inflamaron por caminar con las esposas. Caminar como si uno es robot, no es bonito."

El regreso

Se llega con la brújula rota. Se traen nuevas costumbres, gestos y palabras que no gustan. Algunos los señalan como "la mala semilla" que pierde nuestra "identidad verdadera". Son deportados. Vienen sin dólares. Algunos tienen antecedentes penales en el país del norte. Ser deportado es un estigma que equivale, según cierto discurso oficial dominante, a decir que son mareros. Causantes de la violencia que el país vive. Su llegada es considerada como una violación a los derechos de las y los salvadoreños. Se busca evitar que las autoridades de Estados Unidos los deporten. Que se queden allá. Vuelven a un país donde lo que más ha crecido en la economía durante los últimos cinco años es el desempleo. Después de muchos esfuerzos la gran mayoría ha conseguido establecerse de nuevo, al menos por un tiempo.

Muchas veces se vuelve y se sigue siendo extranjero. ¿Terminará en algún momento el viaje? Para muchos la esperanza es justamente que esto no llegue a pasar.